

Hijos y párvulos nos necesitan como educadores

Etna González de la Fuente*

* Profesor Titular de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad Católica de Valparaíso.

A partir del reconocimiento del sentimiento de pérdida de sentido que hoy embarga al hombre, en este artículo se rescata el rol y valor educativo de la Familia y de la Escuela. El aporte fundamental de la Familia, en cuanto agencia educativa, se sitúa en el plano de las relaciones interpersonales, pues ella, por ser ámbito natural para crecer como persona, es la mejor Escuela de Virtudes Sociales. El aporte educativo de la Escuela dimana de su condición de ámbito cultural, por lo tanto, de la virtualidad de las situaciones de encuentro que puede suscitar con las maravillas del mundo y sus valores, logrando así despertar la capacidad de asombro y fomentar la creatividad de educandos y educadores. Familia y Escuela, actuando mancomunadamente, ayudan a que la persona aprenda a vivir armónica y creativamente consigo misma, con el prójimo y con Dios, con la naturaleza y la cultura.

Starting from the recognition of the feeling of loss of sense that overpowers man nowadays, in this article the educational role and value of Family and School are rescued. The essential contribution of the Family as educational agent exists in the level of interpersonal relationships, because being the Family the natural environment to grow as a human being, it is the best “School of Social Virtues”. The educational contribution of School comes from its condition of being a cultural environment, due to the virtuality of the encountering situations that could be produced with the world marvels and the values, so awakening the capacity of amazement and stimulating creativity in learners and educators. Family and School, acting together, help the person to learn how to live creatively and in harmony with him/ herself, with his/her fellows and with God, with nature and culture.

Se dudó bastante antes de decidir el título de este artículo. Bien se sabe que el título de cualquier escrito da cuenta de su contenido. Se pensó colocarlo en afirmativo o en interrogativo o, definitivamente, colocar otro que dijera algo así como “Posmodernidad, Familia y Escuela”. Lo que estaba claro, era la actual necesidad de una reflexión acerca de la mutua ayuda que la Familia y la Escuela deben brindarse para mejor servir a la educación de los niños a lo largo de todo su proceso de formación, fundamentalmente en los primeros años de ésta.

Decir actual, aunque el tema resulte un tanto trillado, es transitar en lo que se ha dado en denominar Posmodernidad. Y justamente, por estar inmersos en ella, es que la duda se hace presente.

La duda, de algún modo, alude a una instancia de reflexión, de suspensión del juicio mientras se clarifica la verdad buscada. No obstante, si se quiere ser congruente con lo que se viene indagando respecto al fenómeno de la posmodernidad, la noción de “duda” no es la más adecuada. Quizá podría pensarse que el espíritu de nuestro tiempo quedaría mejor reflejado con el concepto de “escepticismo”, en cuanto postura intelectual con que algunos, poseídos por la incredulidad, se han instalado ante la vida.

Pero la Posmodernidad no alude sólo al plano intelectual en que se mueven la duda y el escepticismo. Ella es un fenómeno existencial; afecta no sólo el modo de conocer, sino de conocerse; no sólo de sentir, sino de sentirse; no sólo de querer, sino de qué querer, qué hacer, cuándo y cómo actuar. En fin, de atreverse a ser en plenitud la persona que se está llamado a ser. La Posmodernidad –sin desconocer la riqueza de su aporte en el plano de la valoración del sentimiento–, por hacer tabla rasa de todas las verdades y de todos los valores e, incluso, de todas las conductas, de algún modo le ha arrebatado al hombre la capacidad de darle sentido a su existencia; la capacidad de generar una cultura humana y humanizante.

No obstante, a medida que se intenta entender qué es esto de la Posmodernidad, se va tomando conciencia que ella, más que una cosa en sí, es un sentimiento, es una sensación que embarga... es un estado

del alma. Por ese camino, el hombre cae en la cuenta de que tiene alma. Será a partir de esta certeza que podrá recuperar la capacidad de darle sentido a su existencia; la capacidad de asumirse y de actuar como personas.

La Educación es justamente el quehacer fundamental de la persona, y el mundo natural para nacer y crecer precisamente como tal, es la Familia.

La persona es alguien, un ser único, original e irrepetible, de virtualidades inéditas y, por lo mismo, capaz de llegar a definir sus propios fines. Porque la vida le viene propuesta y no impuesta, el hombre es todo posibilidad; él es capaz de darle sentido a su existencia. Por otra parte, “es-ser-en-el-mundo” (como aclaró Heidegger). Mundo de personas y de cosas que le suscitan diversos sentimientos y deseos (sentimientos de admiración, temor o curiosidad, deseos de posesión o de dominio, de uso o de servicio, etc.). Mundo que puede llegar a conocer y con el cual puede establecer diversas relaciones. Mundo en el cual puede sentirse atrapado o al que él puede llegar a constituir en su morada, para así habitarlo humanamente, de modo tal que pueda ir realizando su propio proyecto de vida.

La persona está en el mundo en cuanto todo cuerpo y todo espíritu, y de ésta su condición de espiritualidad incorporada dimanan todas sus posibilidades y todos sus límites. Con su cuerpo ve y escucha, palpa y habla, juega y trabaja, goza y se cansa. En él experimenta la salud y la enfermedad, el vigor y la debilidad, el goce de la proximidad de los que ama y la dolorosa impotencia de estar simultáneamente en todos los lugares que quisiera.

Es justamente en este “quisiera”, posibilidad de querer, donde se puede intentar identificar aquella fisura por donde la libertad le permite al hombre experimentar la epifanía de su espíritu. La persona puede tornar su voluntad hacia todo aquello que puede conocer y valorar. Mas, es en la acción libre, vinculando lo conocido con lo querido, cuando el hombre determina su fin, se realiza, y llega a ser la persona que quiere ser.

Pero este llegar a ser, no es algo que en el hombre ocurra por un mero desenvolvimiento o maduración biológica; es algo que él tiene que realizar consciente e intencionalmente, más aún, es algo que, para conseguirlo en plenitud, demanda del auxilio que le brinden generosa y responsablemente aquellas otras personas que lo rodean, especialmente sus padres y sus maestros. A este proceso intencional de ayuda para qué la persona alcance su plenitud dinámica es a lo que se denomina Educación.

Sólo gracias a la Educación la persona es capaz de hacerse cargo de sí misma y de darle sentido a su existencia.

La Familia es el ámbito natural para nacer y crecer como persona. Es un ámbito, porque es una realidad no delimitable, dotada de iniciativa, capaz de promover y facilitar el pleno desenvolvimiento de todos y cada uno de sus miembros gracias a la riqueza de las interacciones que entre ellos hace posible. El que sea un ámbito natural no contradice los matices culturales que la Familia pueda vivir, enfatiza que es un hecho primario, anterior a la cultura y a la ley, pues gracias a sus interacciones, se manifiestan y cultivan la paternidad y la maternidad, la filiación y la fraternidad. La Familia, en cuanto ámbito natural, también enfatiza el hecho que ella compromete al hombre a integrar todas sus potencialidades para plenificar su humanidad. Compromete su identidad, su inteligencia y su afectividad, su memoria y su voluntad, sus proyectos y esperanzas.

No obstante que la familia es este ámbito natural, ella, como la persona, no es nunca algo definitivamente hecho; es realidad y proyecto. Puede darse la situación –y de hecho se da con demasiada frecuencia– que aquello que social o legalmente llamamos familia, no pase de ser –como la caracterizan algunos antropólogos– un grupo plurigeneracional y heterosexual de individuos que comparten una vivienda y unos recursos económicos, donde se da la procreación y hay una pareja que mantiene relaciones sexuales socialmente aceptadas; o como señalan algunos sociólogos, un grupo de individuos que están o han estado vinculados por la residencia, la sexualidad y la autoridad.

La Familia es tal cuando llega a formar una Comunidad de Personas y no una mera asociación de ellas. Una Comunidad donde la *VIDA* y *el AMOR* logran realidad existencial. Una Comunidad, porque en ella las personas se integran libremente, pero estableciendo un vínculo que es definitivo y que no está sujeto a revisión; en que las responsabilidades no son limitadas ni por montos ni por tipologías, y en que las funciones y roles sociales son inseparables de la individualidad y subsistencia de las personas que las sirven (cfr. Morandé). Por lo tanto, puede decirse que el vínculo que une a los miembros de una familia es de pertenencia y no de carácter funcional.

La Familia es comunidad, no cuando meramente permite al hombre resolver sus necesidades de pan, techo y abrigo (eso lo puede resolver en cualquier otra institución), sino cuando ella hace posible que el hombre resuelva fundamentalmente sus necesidades de comunicación y de seguridad, de pertenencia y de dignidad; esto es, de ser y de sentirse alguien. Alguien importante.

La Comunicación es don y es acogida, es dar y recibir. A través de gestos y palabras, se expresan y comparten sentimientos y conocimientos, temores y esperanzas, recuerdos y proyectos. En una palabra, gracias a la comunicación, las personas se dan y esperan ser acogidas... escuchadas, que a los otros les importe lo que hace o dice y lo que deja de hacer o de decir. Pero esto no es nada fácil. A los seres humanos les cuesta hacer ambas cosas: dar y recibir. No sólo no dan por mezquindad; a veces esto ocurre porque sólo quieres dar cosas agradables; sin pensar que al compartir sus penas y preocupaciones le está diciendo al otro: confío en ti... para mí tú eres alguien confiable. También hay problemas por la pseudo valoración del tiempo. Siempre se tiene prisa...y no se quiere perder ni hacer perder el tiempo. *La donación del tiempo es uno de los regalos más preciosos que la familia puede hacer.* Es decirle al otro: “yo estoy disponible para ti”.

En la intimidad familiar, y más concretamente en la intimidad conyugal, se le dice “sí a la vida”, se le dice sí al hijo, en ella se invita a un nuevo ser a compartir la vida. Allí se es acogido como hijos y hermano. Allí se le pone un nombre...con él comienza a estructurar su propia identidad, su personalidad.

En la intimidad familiar, no sólo se va creciendo biológicamente. En lo más hondo de su ser, la persona va tomando conciencia de quién es, y cómo es el mundo en que vive. Según sea la percepción que tenga de cómo es reconocida y aceptada, de cuán acogida y amada sea por quienes la rodean –sus padres principalmente–, irá tomando conciencia de su identidad, de su propio valor y dignidad.

Al mismo tiempo, a través del cotidiano vivir, la familia le va interpretando la cultura en que está inserta. Le va enseñando las obras de Dios y de los hombres. Fundamentalmente a través de su testimonio y ejemplo, le va enseñando a relacionarse en forma adecuada con las cosas y las personas que la rodean. De ese modo, la familia enseña a la persona a hacer adecuado uso de la Naturaleza y de la Cultura. También le enseña a amar y servir a Dios y a los hombres.

Pero esta Comunidad de Vida y de Amor, no es el resultado de la casualidad ni de la mera espontaneidad. Ella demanda inteligencia y mucha voluntad, pues es el resultado de un Proyecto, de un Proyecto de Vida Familiar. Proyecto en que las distintas instancias de comunicación y participación que se promuevan, los espacios de libertad que se generen y el adecuado ejercicio de la autoridad que se realice, serán ámbitos donde valores como la generosidad y solidaridad, el respeto y la responsabilidad, la fidelidad, la lealtad y el perdón, lograrán realidad existencial. Pues *el aporte fundamental que la Familia realiza en cuanto Agencia Educativa, se sitúa en el plano de las relaciones interpersonales.*

Dado que la familia está inserta en la sociedad, más aún, es el punto coyuntural entre lo público y lo privado, los frutos de su vida interior se transfieren a otras instancias de la vida social, evidenciándola como *Escuela de Virtudes Sociales.*

No obstante el papel primordial que tiene la Familia como Escuela de Humanidad, la complejidad que ha alcanzado nuestra cultura hace que ella solicite –cada vez con mayor premura– la colaboración de otras agencias para completar en mejor forma su tarea educativa. El ámbito cultural creado por la sociedad para colaborar formal y sistemáticamente en la educación de sus miembros es la Escuela

(en todos sus niveles, desde Parvulario hasta Superior). En esta nueva realidad ambital, ahora de origen cultural, la sociedad espera lograr, gracias a las interacciones entre sus principales actores -educandos y educadores-, determinados estándares de eficacia y excelencia.

La connotación y el rol social que han tenido la Escuela y el Educador se han ido modificando con el correr del tiempo. Ellos han sido el resultado y la expresión de los avances científico- tecnológicos y de los cambios socio-culturales que la humanidad ha ido experimentando*. En todo este proceso, de algún modo han estado gravitando las siguientes ideas: el conocimiento es poder (Bacon), la educación es un medio de movilidad social, la educación es un derecho fundamental del hombre, el proceso de desarrollo de las naciones demanda de mejores y mayores niveles educacionales. Por ello, cada día hay una mayor conciencia de la importancia que tiene la educación, y cada día son mayores las expectativas que ella despierta. De ese modo, el ser y quehacer de la Educación se ha ido transformando en un bosque que no deja ver los árboles.

Se ha pretendido evaluar la eficacia de los procesos educativos a partir de los contenidos enseñados y/o aprendidos, de las metodologías y estrategias utilizadas, del tiempo de permanencia en el sistema formal, de la posibilidad de transferencia de destrezas cognitivas hacia tareas futuras, etc.; olvidándose o dejando en un segundo plano a la persona que se está educando y los verdaderos fines que toda educación debe propender, esto es, que el hombre sea cada vez más y mejor persona. Y en ese olvido han solido caer los educadores todos: Padres y Maestros. Los padres, preocupados por la seguridad económica y la movilidad social, fundamentalmente se han afanado por fi-

* Ejemplo de la correlación entre demandas educativas y avances científico- tecnológicos y cambios socio-culturales es el rol fundamentalmente alfabetizador que Amos Comenius (s. XVII) confiere a la Escuela al poco tiempo que Gutemberg había inventado la imprenta y Lutero proclamado el valor de la interpretación personal de la lectura bíblica. Propuesta similar a la que hace Peter Drucker para acceder a la sociedad del conocimiento, donde ahora deberá alfabetizarse, entre otras cosas, en cibernética e informática.

nanciar el proceso y de exigir a los profesionales de la educación un “Buen Producto”. Los educadores, agobiados por las demandas de los sostenedores, de los padres y de la sociedad toda, se han esforzado por realizar acciones cuyos resultados “se noten” a corto plazo, privilegiando el cómo en detrimento del a quién y para qué. Los resultados se evidencian hoy tanto a nivel familiar como escolar y social.

Si bien es cierto que la Familia sigue siendo el mejor lugar para nacer y crecer como persona y la mejor escuela de virtudes sociales, lo lamentable es que hoy muchas familias no logran llegar a ser Comunidad de Vida y Amor. Ciertos cambios acaecidos en la estructura familiar, tales como su nuclearización, el trabajo de la madre, la frecuencia de los hogares monoparentales, los vacíos de autoridad y de disciplina, han afectado la calidad de las relaciones intrafamiliares; agravándose éstas ya sea por el acuciante problema de la sobrevivencia o por el excesivo bienestar; sin olvidar la mentalidad consumista y el inmediatismo, el hedonismo y –fundamentalmente– el individualismo hoy imperantes. Todo lo cual se expresa en una severa y reiterada dificultad de real compromiso y de auténtico perdón. Amén de los problemas conyugales que esta situación provoca, el ejercicio del rol educativo que a la familia le compete se ve deteriorado tanto por el estado de perplejidad en que se encuentran los padres ante los avasalladores cambios que se viven, como por la pobreza de los testimonios de humanidad que ella ofrece. Ante esta situación, la familia, mitificando las posibilidades de la educación escolar, apuesta por un “buen colegio” para transferirle su responsabilidad.

La Escuela, a todo esto, afronta sus propios problemas. Ante la superabundancia de información hoy disponible, ha ido dejando de lado al conocimiento y con ello, toda su dimensión formativa y valórica. El maestro, por su parte, se enfrenta con alumnos que no sólo viven las crisis propias de sus distintas etapas de desarrollo, sino que a éstas, ahora se agregan los variados efectos que en ellos tienen los problemas característicos del tiempo en que se vive. La despersonalización del hombre y de la cultura, la ausencia de valores y la falta de sentido de la existencia, son expresados por los alumnos –según su estadio de desarrollo y formas de vivenciar sus experiencias familia-

res y escolares— a través de diversas conductas y actitudes; las que pueden oscilar desde un desinterés radical por todo, hasta conductas competitivas en cualquier orden de cosas; desde descalificantes relaciones interpersonales, hasta desproporcionadas (y a veces inadecuadas) dependencias afectivas; desde deplorables manifestaciones de baja autoestima, hasta desenfrenadas búsquedas de protagonismos, etc.

A los problemas de todo orden que el profesor está enfrentando en su propia vida personal, familiar y profesional, ahora se suman los de la abrumadora responsabilidad que las familias de sus educandos y la sociedad le han transferido. No sólo tiene que educar integralmente a sus alumnos —compromiso que por vocación contrajo— ahora se espera que supla la tarea educativa de la familia y, más aún, “que desfaga los entuertos” que ella y la sociedad han ocasionado. Como es comprensible, todo esto no deja de afectar al educador. Una suerte de sentimientos encontrados lo embargan: impotencia, soledad, compasión, frustración, rabia, dolor, desesperación... deseos de huir, de entrar en el juego de la evasión, el conformismo, el descompromiso... que otro venga a hacerse cargo de la educación... psicólogos, médicos, matronas, enfermeras, etc. Como si la educación consistiera en realizar tratamientos terapéuticos.

Nuestros hijos y alumnos no están enfermos, a veces están desamparados, en la mayoría de los casos, desorientados. No tienen claro quiénes ni cuán valiosos son; conocen lo negativo del mundo y de la sociedad, no se ha sabido mostrarles el lado positivo de ambos —siempre se les ha destacado la parte vacía del vaso, no cuán colmado está—; no saben hacia dónde dirigir sus vidas, las metas que se les ha solido proponer se quedan en el tener y el poder, y no en el ser. La construcción de la identidad y el descubrimiento de la dignidad son tareas educativas y no terapéuticas. El suscitar ámbitos de encuentro con las maravillas del mundo y sus valores, despertar su capacidad de asombro y fomentar su creatividad, son tareas educativas. Como también son tareas educativas el cultivo de la Verdad, el Bien y la Belleza, como expresiones sublimes del Respeto y la Honestidad, la Solidaridad y la Generosidad. En fin, es tarea educativa aprender a

vivir en forma armónica y creativa consigo mismo, con el prójimo y con Dios, con la naturaleza y la cultura.

Estas son las tareas que deben realizar mancomunadamente Padres y Maestros. Hoy más que nunca se necesitan unos y otros. Más aún, hoy más que nunca nos necesitan nuestros hijos y nuestros párvulos (porque es válido considerar como párvulos no sólo a los pequeños, sino a todos aquellos niños y jóvenes que saben poco o son fáciles de engañar y manipular).

El hombre, ser-en-el-mundo, se educa en la interacción. Se educa en la interacción de su intimidad con su mundo. Por lo tanto, la calidad de su educación depende de la calidad de sus interacciones entre su mundo interior y el mundo exterior al que acceda. La Familia es el mundo natural para crecer como persona. La Escuela es el mundo cultural creado por la sociedad para colaborar en la tarea educativa de la Familia. Es decir, Familia y Escuela son los principales mundos con que el educando interactúa desde su propio mundo interior. Por lo tanto, la calidad de la educación de cada niño pasa por la congruente colaboración que ambos mundos le ofrezcan.

BIBLIOGRAFIA

- DRUCKER, PETER F.: *La Sociedad Poscapitalista*. Edit. Sudamericana. Buenos Aires, 1993.
- GONZÁLEZ DE LA F., ETNA: *Familia y Educación de la Persona*. Tesis para optar al grado de Doctor. Universidad de Navarra. Pamplona, España, 1987.
- LÓPEZ QUINTAS, ALFONSO: *Literatura, Ética y Estética*. Edit. Docencia, Bs. As., 1996.
- LÓPEZ QUINTÁS, ALFONSO: *Los Jóvenes frente a la Sociedad Manipuladora*. Edit. Diana, México, 1990.
- MORANDÉ, PEDRO: *Persona Matrimonio y Familia*. Ed. Universidad Católica de Chile, Santiago, 1993.
- MYERS, EDWARD D.: *La Educación en la Perspectiva Histórica*. F.C.E., México, 1966.
- ROA, ARMANDO: *Modernidad y Posmodernidad*. Edit. Andrés Bello, Santiago, 1995.
- SERNAM: *Informe Comisión Nacional de la Familia*. Santiago de Chile, 1994.
- WOJTYLA, KAROL: *Persona y Acción*. B.A.C., Madrid, MCMLXXXII.